

Palabras al oído.

POR SUS FRUTOS LO CONOCERÉIS

POR COHERENCIA Y FIDELIDAD AL EVANGELIO

La sangre de los mártires, derramada por testimoniar el nombre del Señor, ha sido siempre semilla fecunda de vida nueva para la comunidad cristiana y esperanza de un horizonte de reconciliación y perdón.

Uno de los Salesianos que fueron fusilados en Morón de la Frontera - Don Rafael Infante - malherido y ensangrentado logró escapar después de haber sido abandonados los cadáveres a las afueras del pueblo al anoecer para ser enterrados en una fosa común al día siguiente.

Nos ha dejado escrito, de su puño y letra, el relato de aquellos acontecimientos estremecedores y horribles. Testigo de excepción de cuanto ocurrió, su narración cobra un valor inestimable para conocer cuánto acaeció entre el 18 y el 25 de julio de 1936. Un cuaderno ajado, una tinta algo desvaída por el tiempo y una nítida caligrafía nos devuelven el horror de aquellos días en los que muchos fueron perseguidos por ser cristianos y asesinados por no haber querido renunciar al nombre de Cristo. Nadie podrá manipular su recuerdo ni politizar su memoria. Fueron, sencillamente, seguidores del Crucificado hasta compartir su misma suerte.

Hechos prisioneros Don José Limón, Don José Blanco y Don Rafael Infante, los tres salesianos fueron conducidos a la cárcel maniatados. Tras varios días encerrados en los que el miedo, el hambre y la incertidumbre no pudieron sofocar el ánimo y la confianza, fueron sacados del cuartel con la promesa de que no iban a hacerles daño. Escribe Don Rafael, con un realismo impresionante:

"(...) se les cacheó e intimidó a avanzar en esa actitud calle arriba hasta el ayuntamiento. ¡Qué soledad más angustiada por aquellas calles con sus puertas y balcones cerrados! Solamente dos parejas de revoltosos armados hasta los dientes, mientras los demás seguían parapetados y lanzando los últimos pertrechos de guerra contra el cuartel, les acompañaban a... 'Vayan tranquilos, decían repetidas veces ante la actitud desconfiada de muchos, que no les harán nada'. Todavía sonaban estas palabras en los oídos cuando, al torcer la esquina hacia el llamado Angostillo, se ofreció a la vista el espectáculo de más de una veintena de hombres parapetados en los balcones de la casa de (...) y que en actitud amenazadora encañonaban a sus víctimas incesantemente. Unos momentos de indecisión y confusión (...) sonó una descarga cerrada. Después de más de cinco minutos de intenso y horroroso tiroteo yacían todos exangües y moribundos sobre el piso de la calle (...) Eran las 7.30 de la tarde. A poco más de las 8.30 después que se despidieron los camaradas venidos de Montellano, apareció un camión de carga para transportar los cadáveres. Mas durante esta larga hora de horrores, los que estaban parapetados en los balcones no cesaron de disparar a intervalos contra sus víctimas, logrando así acallar los quejidos de los que aún tenían un aliento de vida y se revolvían con las ansias de la muerte".

Impresionante testimonio de quienes murieron perdonando, viendo venir el final y afrontándolo con decisión y confianza. En la cárcel, Don José Limón, Don José Blanco y Don Rafael Infante fueron conscientes de lo que sucedía y decidieron seguir adelante por coherencia y fidelidad al Evangelio. Sus nombres, junto a los de tantos otros seguidores del Maestro, están escritos en el cielo.

Palabras al oído.

POR SUS FRUTOS LO CONOCERÉIS

PERDÓN, PERDÓN, PERDÓN...

En octubre de 2007 un grupo de cristianos, seguidores del Maestro hasta el final, fueron beatificados en Roma. Son de los nuestros. Hombres y mujeres que por fidelidad y coherencia con su fe no vacilaron en dar la vida por Jesucristo cuando algunos, llenos de odio, quisieron arrebatarla por testimoniar otra manera de vivir.

Un grupo de ellos son miembros de la familia salesiana: Salesianos religiosos, Hijas de María Auxiliadora, Salesianos cooperadores, antiguos alumnos... Todos fueron perseguidos por su identidad y por denunciar con su vida solidaria y su lucha por la justicia que el evangelio es de los pobres y que Aquel a quien siguen es Jesucristo, liberador de todas las miserias humanas que ha reconciliado a todos en el amor.

No fueron políticos. Ni empuñaron ideologías manipuladoras ni hicieron ninguna guerra. Su revolución fue la de transformar la realidad por amor comprometido. Sus únicas armas, el trabajo y la reconciliación. Su único delito, no alinearse con la violencia, la destrucción y la injusticia.

Son nuestra memoria. Una memoria desarmada y pacífica, encarnada y veraz, noble y esperanzada, comprometida y reconciliadora. Es la memoria de una historia olvidada y silenciada por muchos, que queremos gritar desde las azoteas sin ánimo de revancha, sin reproches, sin venganza. Pero con valentía.

He tenido entre mis manos, más de una vez, la sotana agujereada y ensangrentada de uno de los salesianos fusilados en 1936. Un escalofrío recorrió mi espalda al pensar cuántos de los nuestros han hecho realidad el evangelio: como el Maestro, el grano de trigo que cae en la tierra y se rompe es fecundo, semilla de vida nueva. Eso es justo lo que celebramos. La semilla de una vida nueva que brota del costado atravesado del Señor Jesús en la cruz y da vida a todos los que, como El, pasan por ella haciendo el bien, sanando y liberando, y terminan clavados en la misma cruz inicua por su nombre.

Bartolomé, un joven de 22 años y animador del Oratorio Salesiano de Pozoblanco, comprometido vitalmente con la causa del Evangelio que es la causa de los pobres, es uno de nuestros mártires. Encarcelado en Jaén después de ser denunciado por ser cristiano, ve venir la muerte con una serenidad recia y madura. Días antes de ser asesinado se despidió de su novia escribiendo desde la prisión con una lucidez estremecedora:

"Querida Maruja: como te quise te querré hasta el momento de la muerte. Dios me llama; Dios me llama a su lado, y a El voy por el camino del sacrificio. No culpes a nadie de mi muerte; perdona en nombre de Dios como El perdonó y yo también perdono(...)Hasta la eternidad. Tu Bartolomé".

Y a su familia la noche antes de morir fusilado:

"Sea esta mi última voluntad: perdón, perdón y perdón (...); espero encontrarme con todos en el sitio a donde embarcaré dentro de poco: en el cielo. Allí os espero a todos y desde allí pediré por vuestra salvación. Que os sirva de tranquilidad el saber que la mía, en las últimas horas, es absoluta por mi confianza en Dios".

Sabemos que Bartolomé pidió ser fusilado descalzo y con la mirada descubierta. En el momento de la andanada gritó, según los testigos: ¡Viva Cristo! Quería asemejarse a su Señor, desnudo en la cruz y con la confianza en la misericordia del Padre. Era uno de los nuestros.

Palabras al oído.

POR SUS FRUTOS LO CONOCERÉIS

EL HUERTO DE MAMÁ MARGARITA

Aquel día Mamá Margarita decidió ponerse manos a la obra. Los primeros jóvenes que fueron hospedados en casa de Don Bosco daban qué hacer. Se arremangó y comenzó pacientemente a cultivar la tierra. El prado que circundaba las viviendas de la casa aneja a la capilla Pinardi se fue convirtiendo, poco a poco, en un pequeño y fecundo huerto. Campesina experimentada, la madre de Don Bosco sabía que era necesaria la paciencia para trabajar la tierra y hacer crecer el fruto. Pimientos, cebollas, tomates, habichuelas... se convirtieron en el menú más apreciado de aquellos chavales hambrientos. Nos recuerda Félix Reviglio recordando aquellos primeros años:

“En la comida y en la cena teníamos sopa y pan; y podíamos recoger en el huerto la verdura que nos servía de acompañamiento”.

Años de sobriedad y reciedumbre. El huerto de Mamá Margarita es un buen símbolo para expresar todo lo que supuso la madre de Don Bosco en la vida y en la obra de su hijo, especialmente en el naciente Oratorio. No podemos dudar de la enorme importancia que tuvo Margarita Occhiena en la formación humana y espiritual de su hijo, pero tampoco de su aportación decisiva al ambiente familiar y educativo-evangelizador en Valdocco.

Como la tierra del huerto, su presencia ayudó a preparar el ambiente familiar de la casa salesiana. Trabajada con paciencia, la tierra produce fruto. Acompañada con ternura, la realidad se hace más cercana y la casa se hace hogar. Las manos femeninas y maternas acarician de manera distinta. Bien conjugada con la firmeza, la sonrisa amable hace emerger un estilo educativo diferente.

Con la azada, Mamá Margarita hizo fecundo el surco. Con su trabajo y su presencia discreta, la madre de Don Bosco hizo nacer el espíritu salesiano junto a su hijo acunando en su regazo el espíritu de familia. La paternidad de Don Bosco se entrelazó con la dulzura y el afecto de la madre haciendo brotar una realidad nueva impulsada y fecundada por la acción del Espíritu.

Valdocco fue su tierra prometida. Como Abraham, con sus muchos años dejó su tierra y su heredad e hizo de los jóvenes su patrimonio. Los últimos años de su vida, gastados en favor de los jóvenes pobres, fueron expresión de toda su historia. Mamá Margarita no dudó en estar junto al hijo en la noble tarea de devolver dignidad y ofrecer caminos de vida plena a aquel ejército de niños y jóvenes desarraigados. Más de una vez pisotearon la tierra sembrada echando a perder la escueta cosecha, pero su mirada estaba más allá. Mujer de profunda fe, sabía que su vida estaba en manos de Dios y con confianza se entregó sin límites asumiendo la cruz cotidiana.

Hoy la veneramos como la mujer santa que fue. Margarita encarna las virtudes de quienes viven para los demás y dejan a Dios actuar modelando su ser dóciles a su voluntad. De enormes capacidades y una férrea voluntad, su maternidad se expresa en una entrega generosa y disponible para los últimos, los más vulnerables, los que más necesitan ayuda. Como la buena tierra del huerto cultivado con esmero, su vida dio frutos abundantes de una santidad sencilla y al alcance de la mano. Las semillas plantadas en la tierra fértil de su corazón fueron sabiamente maduras en la escuela de Valdocco donde el Espíritu, en una explosión carismática, las llevó a su sazón.



Palabras al oído.

POR SUS FRUTOS LO CONOCERÉIS

DON BOSCO DECÍA, DON BOSCO PENSABA...

"Don Rua, si quisiera, haría milagros". Así se expresa Don Bosco en las Memorias Biográficas refiriéndose a Miguel, uno de sus primeros muchachos en Valdocco, su primer salesiano y su más fiel colaborador hasta su muerte.

El 29 de octubre la familia salesiana celebra su fiesta. El hoy beato es una de las figuras gigantescas de nuestra Congregación y sin embargo, para muchos, un gran desconocido.

Compartió con Don Bosco los primeros momentos del Oratorio, experimentó en primera persona su paternidad y descubrió junto a él horizontes anchos y hermosos para su vida. Se sintió tan amado y quiso tanto a Don Bosco que se quedó para siempre con él y junto a él caminó desde la más absoluta e incondicional fidelidad hacia el que siempre fue su padre.

Como el mismo Don Bosco le dijo cuando solo era un niño, Miguel fue en todo a medias con él. Don Rua creció a su lado, vivió los inicios de la Congregación, fue testigo del crecimiento y la expansión de nuestra familia y más tarde, con la fuerza del Espíritu consolidó la obra iniciada por el padre.

Fue el primer salesiano. Con la emoción y la sencillez de los grandes acontecimientos de la historia de la salvación, Don Rua dejó escrito en su cuaderno de notas cuanto aconteció aquella noche de enero de 1854 en la habitación de Don Bosco:

"El día 26 de enero de 1854, por la noche, nos reunimos en la habitación de Don Bosco. Además de Don Bosco, estábamos Cagliari, Rocchetti, Artiglia y Rua. Nos propuso empezar, con la ayuda del Señor, una temporada de ejercicios prácticos de caridad con el prójimo. Después de ese tiempo, podríamos ligarnos con una promesa y esta promesa se podría transformar, más adelante, en voto. A partir de aquella noche se llamó 'salesiano' a todo el que adoptaba aquel género de apostolado".

Aquel grupo de jóvenes era el presente y el futuro del sueño de Don Bosco que poco a poco se iba haciendo realidad entre los balbuceos de caminos inciertos pero con la determinación y la tenacidad de quien se sabe en manos de Dios.

Un año y algunos meses más tarde, el 25 de marzo de 1855, Miguel realizaba sus primeros votos privados delante de Don Bosco. Nadie más en aquella escena preñada de esperanza y hondamente significativa para nuestra historia salesiana. El acontecimiento tiene la portada de los inicios de las grandes obras. En la humildad de un rincón de Valdocco, sin gestos grandilocuentes, se alumbraba la Congregación Salesiana.

Don Rua trabajó con Don Bosco hasta la extenuación, escribió a su lado páginas hermosas de la historia salesiana y tomó el testigo al frente de la Congregación cuando el padre murió.

Durante su rectorado, la Congregación se consolidó, se extendió y alcanzó un desarrollo como nadie hubiera podido imaginar. Permaneció fiel a Don Bosco imitando de él todo lo que aprendió a su lado. Don Bosco decía, Don Bosco pensaba, Don Bosco quería... Fue su fiel intérprete en tiempos difíciles y para generaciones de salesianos el hilo rojo que los unía al Fundador.

Como Don Bosco, Miguel Rua fue un sacerdote auténtico y veraz, un hombre de su tiempo y un hombre de Dios. Como el maestro, el discípulo también bebió del agua pura del manantial de Valdocco y en aquella irrupción de la gracia el Espíritu le condujo por veredas de santidad. Su memoria es hoy, para nosotros, compromiso de fidelidad.



Palabras al oído.

POR SUS FRUTOS LO CONOCERÉIS

¡AYÚDAME A HACERME SANTO!

Acababa de estrenarse el verano. Aquel 24 de junio de 1855, Don Bosco tuvo la convicción de que aquel adolescente tenía algo especial. Los meses compartidos en Valdocco le habían ido confirmando sus primeras impresiones: Domingo era excepcional, no se conformaba con la mediocridad, no andaba con medias tintas, tenía una mirada larga y anhelaba horizontes más anchos para su vida.

Así lo narra Don Bosco a propósito de un episodio sucedido con motivo de la fiesta de San Juan, su onomástico. La tarde anterior, en las buenas noches, dijo sonriendo a sus muchachos:

"Mañana queréis hacer fiesta conmigo y os lo agradezco. Por mi parte, quiero hacerlos el regalo que más deseáis. Así que, cada uno cogerá un pedazo de papel y escribirá en él el regalo que desea. No soy rico, pero si no me pedís el Palacio real, haré todo lo que pueda para contentaros".

Es fácil imaginar las peticiones más estrambóticas escritas en aquellos papeles entregados a Don Bosco ¡Hubo quien pidió hasta cien kilos de turrón para tener todo el año! Pero fue sorprendente la petición de Domingo. Sobre su papel, con una mirada de asombro, Don Bosco leyó: "Ayúdeme a hacerme santo".

Don Bosco tomó en serio la petición de Domingo. Lo llamó y le dijo:

"Cuando tu madre hace una tarta, usa una receta que indica varios ingredientes para mezclar: el azúcar, la harina, los huevos, la levadura... también para ser santos se necesita una receta, y yo te la quiero regalar. Está formada por tres ingredientes que hay que mezclar juntos. Primero alegría. Lo que te inquieta y te quita la paz no le gusta al Señor. Déjalo a un lado.

Segundo: tus responsabilidades de estudio y de oración. Atención en clase, esfuerzo en el estudio, orar con gusto cuando seas invitado a hacerlo.

Tercero: hacer el bien a los demás. Ayuda a tus compañeros cuando te necesiten, aunque te cueste un poco de molestia o de cansancio.

La receta de la santidad está toda aquí".

Domingo, desde aquel día, lo intentó de veras.

Salir de la mediocridad. He aquí la propuesta. Releer estas páginas de la vida de Domingo Savio y saber traducirlas a nuestra vida es asumir el compromiso de no quedarnos en medianías, no vivir ramplonamente la rutina de cada día dejándonos llevar por lo que va saliendo sin terminar de asumir un proyecto de vida creativo y entusiasta.

Hablar hoy de santidad entre los jóvenes – y entre los adultos - puede resultar una extraña paradoja. Sin embargo, es posible vivir de forma más auténtica y liberadora nuestro día a día. Ser "santo", no es más que tratar de vivir con profundidad nuestro compromiso con el Evangelio y hacer que éste ilumine cada rincón de nuestra vida transformándola.

Domingo apunta alto. No se conforma con una existencia a medio gas ni con un cristianismo lánguido. La propuesta de Don Bosco marca pautas certeras que él asumirá en un proyecto de vida expresado en la autenticidad, la coherencia y el testimonio. Es una propuesta para todos.

El 9 de marzo celebraremos el aniversario de la muerte de Domingo Savio. Su recuerdo nos estimula y compromete a toda la familia salesiana en el camino de la santidad.



Palabras al oído.

POR SUS FRUTOS LO CONOCERÉIS

¡SALVE DON BOSCO SANTO!

A diferencia de otras familias religiosas, en nuestros orígenes no hay grandes personajes intelectuales o de renombre científico o teológico. Don Bosco funda nuestra Congregación con un grupo de sus muchachos de la primera hora. Eran chicos de la calle. Crecieron con él y junto a él descubrieron horizontes nuevos por los que valía la pena apostar la vida entera. Aquellos jóvenes decidieron quedarse con Don Bosco porque el pan prometido nunca se agotaba y era repartido a manos llenas a los pobres; el trabajo anunciado era la alegría de la entrega cotidiana y sin reservas; el paraíso, una esperanza cierta que hundía sus raíces en la misericordia y la ternura de Dios.

Sí, Miguel, Juan, Francisco, José y tantos otros de aquellos chicos decidieron quedarse en casa, con el padre, con el amigo, con el maestro, con el santo. Su mirada profética les cautivó, su corazón de buen pastor les habló de Dios, sus manos operosas y solidarias les parecían cauces que abrían un mundo nuevo y mejor para todos.

Todos respiraron el mismo aire, vibraron con sus sueños y se sintieron subyugados por su pasión apostólica. Con él afrontaron dificultades increíbles, se entusiasmaron con proyectos que parecían imposibles y se dejaron llevar por una confianza inquebrantable en la acción de Dios que conduce la historia.

Se sintieron contagiados de un optimismo radical, creyeron incondicionalmente en la obra emprendida y adhirieron con todo el corazón a una propuesta de radicalidad evangélica vivida en la esencialidad del día a día.

Junto a Don Bosco sanaron heridas y pasaron por la vida haciendo el bien; vieron milagros y testimoniaron la acción y el poder de Dios que nunca abandona a los que creen en él.

De él aprendieron que la santidad salesiana es una fiesta; que en la casa de Don Bosco la santidad consiste en estar siempre alegres; que lo importante es hacer extraordinarias las cosas sencillas de cada día y que los jóvenes son el lugar privilegiado del encuentro con Dios.

Los propios jóvenes, testigos privilegiados de la acción del espíritu en Don Bosco, forjaron la santidad de nuestro padre. Fueron los jóvenes los que hicieron grande a Don Bosco. Lo llevaron en volandas por un emparrado de rosas y espinas a pesar de que su sotana era demasiado sutil. De ella se colgaron muchos chavales. Con el corazón intacto, perdió la vida en un desvivirse cotidiano de piernas hinchadas, agotamiento y progresiva ceguera. Solo resistió el corazón. Corazón magnánimo. Corazón de buen pastor. Si, Don Bosco fue santo junto a sus jóvenes, a los que siempre esperó en el paraíso.

¡Retornar a Don Bosco, Santo! Para todo salesiano y para los que sienten herederos de su sueño, es una invitación provocadora, apasionante, comprometedor. Es una llamada a vivir con más autenticidad y fidelidad nuestra vocación salesiana. La santidad de nuestro padre nos interpela. Abrimos los oídos al Espíritu que sopla, hace resonar su voz en nuestra historia y hace nuevas todas las cosas. Es la hora de volver a Don Bosco para hacer nuestro su camino de santidad junto a los jóvenes más pobres.

